

La cruz caída

Antonio García Verduch

La ermita de San Vicente, de Borriol, ya no tiene cruz. La hermosa cruz de piedra que se levantaba en su plaza ajardinada ha aparecido desmontada y rota. La cruz que se erguía hacia el cielo, yace, ahora, troceada, en el suelo.

La cruz de piedra está rota, pero los vecinos de Borriol conservan entera su imagen, aprisionada entre las hojas queridas de sus álbumes fotográficos familiares. Al pie de esa cruz han perpetuado la imagen de los momentos más felices de sus vidas.

La silueta de la cruz de la ermita se ha asociado a la felicidad de los recién casados, y ha presidido el comienzo de sus nuevas vidas. También, al pie de esa cruz, han sonreído radiantes de gozo los niños de alma blanca que han recibido su primera Comunión.

Los vecinos de Borriol tenían una cruz que se anclaba en el suelo y se erguía hacia el cielo, que abría sus brazos, a derecha e izquierda, para dar a todos un abrazo de amor.

La cruz, en su verticalidad, eleva a los hombres hacia el cielo, y en su horizontalidad los abraza en la paz fraternal.

La cruz es símbolo de paz. Por eso, los pueblos que quieren vivir en paz tienen su cruz querida, como la cruz de piedra que se alzaba frente a la ermita de San Vicente.

El odio desencadena vientos de furia iconoclasta, que derriban cruces e imágenes. Los que hemos vivido, en edad de plena consciencia, la guerra civil española, sabemos bien a qué nos referimos. Sabemos que se quiso derribar la espiritualidad española, con lá piqueta en la mano, o con fuego, o con sogas y cadenas tiradas por camiones o caballerías. Las imágenes fueron derribadas y destruidas, pero la espiritualidad subsistió.

El hecho más significativo fue, quizá, el fusilamiento y demolición, por parte de las milicias republicanas, de la gran imagen pétrea del Sagrado Corazón, que se alzaba en la cima del Cerro de los Angeles, cerca de Madrid.

El Cerro de los Angeles, no solamente se consideraba como el centro geográfico de España, sino también como el centro de su espiritualidad.

Aquella imagen extendía con amor sus brazos en cruz, a derecha e izquierda, para amparar y proteger a todos, a los que estaban a su derecha y a los que estaban a su izquierda. Aquella imagen, situada en el centro, irradiaba paz y amor a todos los confines de España. A sus pies llegaban peregrinos de todas las tierras.

Guerra

Pero llegó un triste día, al comienzo de la guerra civil española, y ocurrió una cosa triste, muy triste. Ocurrió que unos hijos de España

llenaron su corazón de odio extranjero, y abominaron la paz y el amor. ¿Qué mejor forma de abominar la paz y el amor que fusilar su fuente, que fusilar el corazón radiante de aquella imagen, que se erguía allá en lo alto, recortando su silueta sobre el cielo de Madrid?

Así se hizo. Un puñado de desgraciados —locos, encendidos en odio— llegaron por la izquierda, se pusieron en fila, cargaron sus fusiles, se los llevaron a la cara, apuntaron al corazón y dispararon con estrépito.

Aquellos pobres locos, ofuscados y embrutecidos, no querían fusilar un corazón, sino la paz y el amor que ese corazón irradiaba.

Habían bebido con ansia el odio que manaba a borbotones en las fuentes de la izquierda, y habían enloquecido. Sus pobres mentes no pudieron soportarlo. Por eso, vistieron con urgencia la indumentaria miliciana, levantaron el puño, tomaron el fusil y treparon por la ladera, hasta la cota más alta, hasta la cima del Cerro de los Angeles, para fusilar la paz y el amor.

Cuando una nación fusila el centro de su espiritualidad, que es el único que puede difundir amor por igual a derecha e izquierda, queda a merced de la irracionalidad, y es arrasada por los vientos de la guerra.

Al pasar los años

Pasaron unos años, se callaron los cañones, renació

la paz, y los españoles subieron alborozados al Cerro de los Angeles —sin fusiles en sus manos— para desagrar al corazón escarnecido. Y se elevó otra vez hacia el cielo la silueta de aquellos grandes brazos abiertos en cruz, que daban su abrazo a toda España.

Los españoles conscientes no queremos ver por segunda vez una película que ya hemos visto. Tiene poca emoción ver películas cuyo final es conocido.

Confiemos en que el atropello que han sufrido, ahora, los vecinos de Borriol, sea debido, solamente, a una gamberrada gruesa, y no a algo peor, que deba ser tenido muy seriamente en consideración.